

# PREFACIO

ENERO 2010

Desde aquí, desde la terraza de la casa de mis padres, levantada sobre la de mis abuelos, si miro hacia la Sierra de la Almirante y evito bajar los ojos, contemplo el mismo paisaje que velaba por los habitantes de Otívar hace más de un siglo.

A veces pienso que el tiempo ha decidido hacer parada y fonda en este lugar, para bien y para mal. Tal vez por eso todavía me sorprenden las miradas inquisitorias que me reciben cada vez que regreso...o quizás no sean inquisitorias y sólo mi falta de costumbre las traduce como tales.

Igual que esta mañana, cuando aparcaba mi coche en "La Era", el puerto seco donde deben descansar los vehículos

obligatoriamente antes de sumergirse en el casco urbano, porque las calles angostas y por fin asfaltadas sólo admiten el paso de motocicletas y, por supuesto, animales. Mulos con serones cargados, siempre precedidos por esos hombres prematuramente envejecidos, ataviados con camisa larga, pantalones de lona y un sombrero ajado. Llevan un uniforme de trabajo descolorido, descuidado, fiel reflejo de una existencia férrea, henchida de desgracias, como todas las existencias cuando se consumen en el campo. Personas fornidas, aparentemente cerriles, intransigentes, machistas, pero al mismo tiempo con una gran flexibilidad y disposición para claudicar.

Es curioso cómo un pueblo tan cercano a la costa tropical plagada de turistas que proporcionan desinteresadamente su granito de modernidad con cada visita puede mantener un grado tan exagerado de

aislamiento, tan inmerso en una maraña de sierras omnipresentes, fortificadas, cercadas. Otívar y su sierra y su gente son todo uno y no se explican por separado.

Al subir desde *La Era* hasta la vivienda veraniega de mis padres, que está justo en el centro del pueblo, cargado con mis maletas, volvía a respirar la profundidad de unos olores que sólo aquí se encuentran: mezcla de chirimoyas, níspolas y todo tipo de frutas tropicales, con los aromas a especias que se filtran desde las casas bajas, a ras del suelo, de varias plantas, pero todavía individuales; construcciones renovadas conviviendo con las ruinas de otras que aguardan pacientes su turno, a la espera de que alguien decida convertirlas en un hogar o, por el contrario, en pasto de la ruina.

Otívar está en una ladera y eso implica que casi todos los edificios se hallan en

pendiente y que es necesario hacer un esfuerzo para trasladarse de un lugar a otro.

Y mientras ascendía la cuesta que me conducía al centro, de nuevo chocaba con miradas de mujeres anchas, trabajadas, dulces y vigorosas. Las que me reconocían me preguntaban por mi familia, las que no, sólo me recorrían de arriba abajo como tratando de encontrar un vestigio de familiaridad en mí.

Y a pesar de las calles recién arregladas, de las casas renovadas, de la plaza pequeña y coqueta, del traslado del Ayuntamiento, todavía no me es difícil cerrar los ojos e imaginar el pueblo en su pasado; un pasado que le persigue y se convierte a un tiempo en su encanto y su losa...losa de jóvenes que se marchan en busca de más oportunidades a cualquier ciudad y de ancianos que desaparecen al mismo tiempo que las posibilidades de volver a habitar las moradas

abandonadas; losa de niños que crecen esperando marcharse y colaborar para seguir menguando la población que desde los años 50 hasta ahora ha pasado de 5000 a 1000 habitantes por culpa de la emigración. Desde aquí, desde esta terraza que surge de las 3 plantas de la casa de mis padres, tampoco me es difícil retrotraerme a una imagen de mis abuelos subiendo hacia la Sierra. Es, tal vez, lo que la tía María seguía viendo cuando su mente viajera elegía despegarse de una realidad que la mantuvo aferrada a la vida varios años en una residencia de ancianos. El último lugar en el que ella hubiera decidido morir y donde acabó, muy a su pesar. Y a pocos meses de su deceso era difícil mirarle a los ojos y reconocer quién y cómo fue. Para muchos, una mujer luchadora, valiente, con el coraje de sobreponerse a las desavenencias de la vida. Y es que el ir perdiendo vista

paulatinamente hasta quedarse prácticamente ciega cuando era aún una niña, el haberse casado con un marido alcohólico que le pegaba día sí día no, el padecer un aborto tras otro sin conocer el motivo o el perder a su único hijo de un accidente de tráfico sin que éste alcanzase la cuarentena no la llegaron a paralizar, como si intuyera que atravesar la línea de meta conllevaría una recompensa por el sufrimiento tácito. Para otros, la tía María era una mujer caprichosa, acostumbrada a recibir agasajos de todos sin la obligación de responder con algún tipo de agradecimiento, como si su discapacidad le otorgase derechos y privilegios exclusivos para ciegos. Lo que absolutamente nadie podría cuestionar es su portentosa memoria, una inteligencia sublime y la perspicacia de una gran observadora.

Gracias a ella pude yo introducirme en el origen de mis abuelos, con fechas exactas,

nombres y apellidos. En un pueblo dependiente del campo, de los riscos, de las colinas encrespadas, las leyendas personales se difunden por medio de historias que se van evaporando de generación en generación, como la arena del desierto con el azote del viento. Experiencias difíciles, en una etapa de confusión y caos, que con la perspectiva histórica adquieren un grado de incomprensión similar al de un puzle con las piezas extraviadas. Y es porque cada retazo de cada sentimiento es la diminuta parte de un todo que exige una completa regresión al pasado para aceptar que el orgullo y la dignidad están por debajo del instinto de supervivencia.

En una época en la que trabajador era sinónimo de pobreza y el orgullo era un lujo extraordinario, mis abuelos y otras muchas personas perseveraban para abrir una brecha

de esperanza y, sobre todo, facilitar el camino de sus descendientes. Y ellos somos nosotros que, gracias a la tía María, conocemos hoy nuestro pasado familiar.

